

# DISCRE- TISIMO

## Retazos

**L**AS monjitas de mi pueblo votaron por el Centro. Desoyeron las sabias «orientaciones» episcopales que aconsejaban no apoyar al liberalismo y, bien porque no sepan, las pobres, lo que es el liberalismo, o bien porque algún avisado «consiliario» las convenciera, lo cierto es que, bien tempranito, los primeros votos que se llevó Suárez en mi pueblo fueron los de la comunidad.

Ayer tuve necesidad —¡ay, como tantas veces!— de pedirles oraciones y me acerqué por el convento. Cuando dije a las monjas, irónicamente, que ponía en duda si servían para algo las oraciones de unas religiosas de izquierdas, la priora se llevó las manos a la cabeza:

—¡Válgame Dios, don Jaime! ¿Y por qué dice usted eso?

Con parsimonia, desdoblé el periódico y le di a leer la respuesta de Suárez a unos periodistas: «Haré política de centro-izquierda».

—¿Lo ve, madre? Usted ha votado por un caballero, de corazón transparente, que dice sin tapujos lo que va a hacer. Y lo que va a hacer es la política de centro-izquierda. La misma política de Lerroux y de Azaña, la misma de los que suprimieron su comunidad, de los que quitaron el crucifijo del parvulario (¿se acuerda, madre, que lo teníamos escondido en la alacena?), la misma de los que dijeron que España no era católica, de los que se encogieron de hombros mientras el convento ardía y las monjas buscaban refugio en las casas de los «fascistas». ¿Se acuerda, madre?

—Sí, don Jaime. ¡Qué ciegos hemos estado! Lo que no me parece bien es que diga que ese caballero de centro-izquierda tiene el corazón transparente. Lo que ha hecho no tiene nombre. Nos ha engañado. Si durante la campaña electoral hubiéramos sabido que el «corazón transparente» iba a hacer la política de centro-izquierda, no se hubiera llevado nuestros votos.

Cuando salía del convento, reconfortado con la seguridad de las oraciones de unas almas candidas, me pareció vislumbrar, a través de una espesa humareda, unas monjitas corriendo en busca de la casa de algún «fascista».

• • •

Moriré de accidente de automóvil o de un tiro en la nuca. O, acaso, de hastío. O, tal vez, de desesperación. Pero lo cierto es que el infarto de miocardio, para mí, no es espada de Damocles.

Hubiera muerto ya. El infarto es para quienes no saben hacer un huequecito más a su capacidad de asombro. O no lograron mantener arrítmico el corazón mientras Esnaola detenía el «penalty» a Iríbar.

El infarto es para los cobardes, para los impacientes, para los impresionables. Y yo no soy ni lo uno ni lo otro.

Yo he visto a mi Caudillo escarnecido en su memoria por quienes fueron sus «leales ministros».

Yo he visto legalizado el Partido Comunista por quien fue ministro secretario del Movimiento (¡qué error el de Franco!), piqueta demoledora de un Régimen que hizo durante cuarenta años la felicidad de España.

Yo he visto a un genocida estrechar la mano del Rey.

Yo he oído a una horda separatista silbar el himno de la Patria. Y, acaso, a la persona del Rey.

Yo he sabido que las puertas de la residencia real se han abierto para un «honorable señor» que exige su reino de taifas.

Y no he muerto de asombro. Lo mío, decididamente, no es el infarto. Acaso un tiro en la nuca. O la pared de un camposanto.

Jaime CORTES

## La «cana al aire» del cardenal Tarancón

**«G**ACETA Ilustrada» de la semana pasada publica una larga entrevista con el cardenal Tarancón.

En el reportaje intervienen (directa o indirectamente) cuatro personajes: el propio monseñor, la entrevistadora María Mérida, el fotógrafo y el «coiffeur» o peluquero de su eminencia. La valoración profesional que cada uno de ellos merece es muy diferente.

El primero es monseñor Tarancón (nos referimos al hombre, no al prelado, porque en el reportaje no aparece ni una sola palabra religiosa ni episcopal). Monseñor Tarancón pretende aparecer coloquial, frívolo, juvenil y pícaro. Nos dice, por ejemplo, que es normal que el sacerdote vaya al bar o al cine, incluso que «de vez en cuando eche una cana al aire, porque es humano». O que nuestro pueblo es bastante sensato porque lo que le interesa es vivir bien y «disfrutar de lo lindo». O que, si él se tiñera el pelo, nadie le echaría los años que tiene.

Todo el mundo ve que esas expresiones, «echar una cana al aire» o «disfrutar de lo lindo», están totalmente «camp». Están bien en un abuelito, o lo estarían cuando monseñor era joven, hace medio siglo. Apetecería decirle:

—Que no, macho, que no. Que p'hablar joven hay que viajar más en metro y menos en Mercedes episcopal.

No merece mayor puntuación la entrevistadora, a quien monseñor tutea. Su papel sería cazar las respuestas al vuelo y sacarles todo su jugo. Por ejemplo, tenía que haber preguntado: «¿Qué entiende monseñor por «echar una cana al aire?»» (ya que no se trata de ir al cine o al bar o de excursión). O bien: «¿Podría poner ejemplos de esas cosas que mojigatadamente se consideraban pecado y que no lo son?» Dejar escapar estas perlas no acredita la profesión.

Quien, en cambio, merece una alta puntuación profesional es el «coiffeur» de monseñor. Ha sabido poner en todo su valor el ya acreditado tupé de su eminencia y ha logrado un enrejado de atrás adelante que hace imperceptible la calva. Y la estabilidad del armazón, aunque preocupe a monseñor, se acredita como bastante aceptable.

Y también sobresaliente para el fotógrafo del reportaje. La primera foto, en que monseñor repasa con mano inquieta y cuidadosa su armazón piloso, vale por todo el reportaje. Enhorabuena a estos dos últimos profesionales, capaces de salvar gráficamente el más penoso de los reportajes.

Rafael GAMBRA

## Periodismo democrático

**A**LGUNOS periodistas y algunos periódicos alardean injustamente de ser democráticos.

Es claro y todo el mundo lo afirma que no puede haber democracia allá donde no exista una prensa libre. ¿Libre para decir toda la verdad o libre para decir incluso falsedades que engañen o induzcan a error al pueblo? Este es otro tema que no voy a dilucidar ahora. Quedémonos, de momento, con la proposición de que la prensa libre es consustancial con la democracia.

La cuestión que se plantea, en seguida, es ésta: pero, ¿puede llamarse prensa y periodismo libres aquella prensa y aquel ejercicio del periodismo en que el periodista no es enteramente libre para decir, en los periódicos que se dicen democráticos, toda la verdad que sepa de interés público?

He dicho toda la verdad que sepa el periodista, porque yo no creo que pueda denominarse propiamente libre a aquel periodista que se autocensura, que no quiere expresar en su diario las verdades cuya publicación pudieran acarrearle perjuicios al periodista. Ni creo que deba llamarse libre al periodista (ni libre a su periódico) cuando no osa desafiar a su redactor jefe o a su director o a su empresario con verdades irritantes o simplemente molestas para el superior jerárquico del periódico.

Evidentemente, tampoco puede llamarse libre ni democrática a aquel empresario, director, redactor jefe, etc., que, en un periódico que blasona de democrático, coarta de cualquier manera al periodista que espontáneamente está dispuesto a buscar imparcialmente toda verdad de interés público y a decir la sin mutilaciones, ni ambages, ni adulteraciones o manipulaciones.

Mucho menos puede honrarse con el epíteto de democrática aquel periódico ni aquel periodista que omiten parte de la verdad debida al lector, que compra el periódico para que se le diga sin rebozos toda verdad, porque en la democracia el ciudadano tiene el derecho y el deber de conocer la verdad entera sobre los asuntos de interés público acerca de los cuales el ciudadano ha de pronunciarse como elector o como elegido. Hay, sin embargo, periódicos y periodistas autodenominados democráticos, no sólo refractarios, sino contrarios a que pueda haber periódicos y publicistas que estén dispuestos a publicar la parte de verdad que esos periódicos y periodistas omiten.

Parece incontestable la tesis de que no hay democracia si no hay periódicos libres.

¿Cómo saber si un periódico es verdaderamente libre y democrático? La prueba que propongo huelga para los periódicos que no presumen de democráticos, porque carecen de fe democrática.

No es demasiado difícil discernirlo: bastaría observar lo que dice un periódico y lo que oculta. Y escribir nosotros para él alguna carta o artículo, a fin de probar si un periódico se hace permeable a las verdades que nosotros le ofrecemos.

Eulogio RAMIREZ